

LA SANTÍSIMA TRINIDAD (B)
Homilía del P. Josep M. Sanromà, rector del Santuario de Montserrat
3 de junio de 2012
Dt 4,32-34 .39-40/ Rom 8, 14-17/ Mt 28, 16-20

Sí, hermanos, como dice la Escritura: "¿Qué Dios es tan grande como lo es el nuestro?" Este Dios que se nos ha manifestado en Jesús como el signo más grande de su amor por nosotros, que nos ha dado su Espíritu y que por el Hijo y el Espíritu nos ha enseñado a amarlo y a llamarlo Padre; que lo ha puesto todo a nuestra disposición para que nos ayudara a conocerlo y a caminar hacia él, y que, a pesar de la debilidad del ser humano que tantas veces le ha llevado a alejarse de él, él no ha dejado en ningún momento de acercarse a él para que reencontrara en su Señor y Creador la alegría y la plenitud de sus orígenes, y no sólo eso, sino que se ha dignado contar con él, o sea con nosotros, para llevar a cabo su obra de renovación de la humanidad, llamándonos al seguimiento de su Hijo Jesús y poniendo en nosotros el fuego y la vida de su Espíritu. Este Dios, Padre amoroso, Hijo misericordioso y Espíritu consolador es el que hoy celebramos y homenajeamos en la fiesta de la Santísima Trinidad.

Este Dios único del que nos hablaba la primera lectura, que ha hecho todo lo posible para darse a conocer a su pueblo, que le ha hablado desde el fuego para que escuchándolo continuara viviendo; que lo ha sacado de la penuria haciendo camino con él, combatiendo a su favor pues su pueblo debía ser libre; que se ha dejado ver con los ojos de la fe y se ha mantenido fiel cuando la prueba y la duda hacían estragos. Un Dios que se manifiesta en el corazón de los que creen y confían en él, dando vida a nuestra esperanza; y es en el corazón que debemos mantener el recuerdo de tantos momentos de nuestro vivir en los que Dios ha estado y se ha manifestado, y desde el corazón, reconociendo cuántas veces nos ha hecho sentirnos queridos, rehacer la relación con él, si se ha roto; retomar la fe, si hemos dudado; buscar de nuevo, si nos habíamos alejado; porque encontramos en él la felicidad que quiere para sus hijos.

Este Dios se nos ha acercado en la debilidad de un niño que lleva por nombre "Dios con nosotros", manifestándose como la Palabra enviada, como el Hijo único, para que conociéramos, de su mano los caminos que nos llevan de nuevo al encuentro con nuestro Señor y Creador a quien con él llamamos Padre. Nuestra fe no es para vivirla con miedo, ni con temor, sino con alegría y esperanza, porque nos permite dirigirnos a Dios como hijos, sabiendo que de antemano somos amados, esperados y queridos por el Padre. No creemos en un Dios que se desentiende de nosotros, sino que nos acompaña, nos habla y nos escucha sobre todo aquello que nuestro corazón tiene necesidad de decirle, de confiarle; por eso Jesús nos ha comunicado su Espíritu para que nos ayude a orar y a conversar con el Padre tal como él lo hacía. La cercanía de Dios a nuestro mundo y a nuestra vida no depende de él, sino de nosotros y de nuestros momentos de encuentro con él, si nuestra relación con él la vivimos como fuente de vida, de consuelo, de esperanza. Si resulta admirable que nos podamos dirigir a Dios como Padre, no lo es menos que nos podamos sentir hijos, y aún, llenos de su mismo Espíritu.

Este Dios, para atraer de nuevo hacia él su creación y renovación, nos dice través de su Hijo, Jesús: "Convertíos, porque el Reino de Dios está entre vosotros." A algunos los llama diciéndoles: "Venid conmigo y os haré pescadores de hombres". Y a todos nos recuerda: "Amaos como yo os he amado". Dios Padre, a través del Hijo y de quienes él ha llamado a su seguimiento, inicia una nueva humanidad, ahora ya no con una avalancha de agua, sino con un diluvio de amor y de bondad que engendra vida en todos aquellos que se le abren y se le confían. Llamados a hacer camino con el

Hijo, escucharán y verán; creerán y dudarán, pero él les dirá y continúa diciéndonos: "Id, convertid a todos los pueblos, enseñándoles todo lo que habéis aprendido de mí. Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo".

Este Dios en quien creemos continúa queriendo ser activo en medio de nosotros y a través nuestro; actúa a través de quienes le ofrecen la vida; a favor de quienes esperan y los que desesperan, a favor de todos y a través de todos. El discípulo de Jesús no puede desentenderse ni de quien lo ha llamado ni de aquellos a quienes ha sido enviado; su llamada nos compromete con la humanidad como lo estaba Jesús, su Espíritu nos empuja a llevar al mundo luz y esperanza con todo lo que en su nombre la comunidad cristiana sigue haciendo por nuestro mundo. Nuestro Dios, grande y único, se hace sencillo y pobre en el corazón de cada uno de nosotros para poder estar presente en nuestro mundo; nosotros, reflejados en Jesús somos su rostro y por el don de su Espíritu somos germen de vida nueva.

En este día de oración por la vida contemplativa, recordemos aquellas palabras de Santa Teresa del Niño Jesús cuando, preguntándose por su vocación en la Iglesia, dijo: "Yo en la Iglesia, mi madre, seré el Amor". Hoy, los cristianos, tenemos la llamada y el deber, en nombre de Jesús, de ser el Amor en medio de nuestro mundo.

Que el Dios Trinidad en quien creemos, a quien rogamos y a quien anunciamos como Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos acompañe en la misión que él mismo nos ha confiado.